

La Enseñanza.



REDACCION.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, SETIEMBRE 1º DE 1874.

{ NUM. 67.

LA UTILIDAD DEL ESTUDIO.

Hubo en cierto tiempo un príncipe, que era á la vez inteligente como los sábios del reino, y bueno como heredero presuntivo del trono. Jamás habia el sol iluminado un rostro mas bonito que el suyo: era un niño lleno de gracia y gentileza, con los ojos negros y rasgados, dientes de nacar, boca fresca como la flor querida del ruiseñor, voz suave como la brisa de la tarde, y en fin con unos modales tan afectuosos, que causaba tanta pesadumbre el separarse de él, como placer el estar en su compañía.

El rey su padre mandaba en la mitad de la India. Júzguese cuán amable debia parecer á los ojos de los cortesanos el jóven príncipe Abdim. Este empleó sus primeros años en correr entre las lilas y los bananos, en danzár sobre las alfombras, en cazar gacelas, y ocupándose en fin de las mil bagatelas que constituyen toda la vida cuando se empieza á vivir. El rey Mirgang dijo un dia á sus ministros:

—¡Brahma (dios de la India) sea bendito! Ha hecho que descienda sobre mi estirpe el rocío de sus favores. Os pronostico que mi sucesor será digno de mí; que sabrá exterminar á sus enemigos con valor

y exigir los impuestos con habilidad. ¿No es verdad, ministros míos?

Los ministros contestaron á una voz:

—Seguirá noblemente las huellas de su padre.

Pero el anciano Neboussan, antiguo filósofo, y por consiguiente gruñon en demasía, no pudo menos de criticar el prematuro contento del monarca.

—¿No conocéis, señor rey, que vuestro heredero es bueno á lo mas para coger flores y correr por el jardin? Si vos falleciérais en este momento, podria formar un ejército de mariposas y exigir un impuesto sobre las naranjas de los jardines.

El rey frunció sus negras cejas; pero se contuvo al instante, y aun sonriendo con cierta especie de desden, preguntó al ministro:

—¿Pues qué es lo que le falta á mi hijo?

—La ciencia que le haga pasar suavemente desde el estado de la infancia á la condicion de hombre.

—A la verdad que tienes razon, contestó el rey, jamás me habia ocurrido hacer de mi hijo un sábio, y creia que le bastaba con pagar la ciencia de otro. Instrúyete por tí mismo, pero con esmero: de lo contrario, tu cabeza me responderá de esta infraccion de mi voluntad.

¡Pobre Abdim! Adios risas, adios el prolongado sueño y los juegos de la infancia. Hasta entónces

su mas graye ocupacion habia sido la de jugar y bailar; pero en lo sucesivo tendria que encerrarse en un kiosko (templete ó pabellon de jardin), y pasar la mitad del dia descifrando los abultados manuscritos de los brahmanes (sacerdotes de la India), y la otra mitad del dia copiándolos. Era preciso que diese cuenta á su profesor de lo que significaban aquellas malditas páginas negras, y que se acordase de lo que habian hecho y dicho gentes muertas hacia mas de dos mil años; que indicase la situacion de países de que ni siquiera habia oido hablar, y que refriese exactamente el número de soldados muertos en una batalla, dada por motivos que él no comprendia. A nadie veia mas que á Neboussan, y aun en las horas de descanso, cuando le permitian jugar con sus compañeros, todavia le inquietaba la imágen austera del viejo preceptor, extremeándose solo con distinguir la punta de su turbante. ¡Oh estudio! ¡qué áridos son tus principios! pero despues, ¡qué frutos tan bellos como inesperados ofreces á los que no renuncian á tí!

Por desgracia, Abdim no era capaz de esta paciencia, ni de esta reflexion. En vano Neboussan le repetia todos los dias que en el estudio solo los principios eran penosos; se lamentaba, lloraba, y desahogaba en los libros la rabia que no podia desahogar

en otra parte. No pensaba mas que en los medios de no estudiar, ya quemando sus cuadernos..... pero se acordó de que le darian otros; ya escapándose..... pero se acordó de que le alcanzarían: en fin, no sabia cómo hacer para tener hecha la obligacion sin trabajo y aprendidas las lecciones sin estudiar. Meditando sobre esto, se acordó de una tia suya, especie de hechicera ó sibila á quien todos iban á consultar, y que era célebre por los medios que proporcionaba para salir de apuros. Una mañana bien temprano se escapó para ir á consultar á esta buena tia.

Ya estaba el sol en medio de su carrera cuando el príncipe Abdim llegó al valle de Tog-Togrul, donde debía infaliblemente encontrar á su tia; pero nada indicaba que allí habitase persona humana. Los lirios y los nenuphars (planta acuática) elevaban sus corolas; la mas risueña vegetacion producía efectos mágicos de verdor, elevándose en el centro una palmera solitaria como la reina de aquel valle apacible: mil pajarillos de oro y azul cantaban y coreteaban entre los árboles. Un anchuroso rio formaba el plateado límite del delicioso paisaje en que difundía una frescura saludable.

Preciso es confesar que Abdim, como muchacho lleno de dulces ilusiones, se olvidó completamente del motivo de su venida, y hasta despues de haber cogido un buen manojo de flores, no se acordó de que tenia que volver á casa del maestro, y sobre todo de que tenia que..... estudiar.

Dió tres palmadas gritando:

—¡Dala! ¡reina Dala! ¡querida Dala! ¡ven, ven! tu sobrino te llama.

Percibióse un ligero ruido: agitáronse las matas, y por entre un florido rosal apareció una mujer de pequeña estatura, pero de lindas facciones y suntuoso traje. Fijaba en el muchacho unas miradas en que la benevolencia iba mezclada con cierta malicia.

—¿Con que es decir, exclamó, que te fastidia estudiar? ¿Crees que las primeras dificultades nunca se vencerán y desesperas ántes de haber intentado vencerlas?

—Querida tia, ¿cómo es que sabeis.....?

—Yo sé todo cuanto pasa, y conozco muy bien el motivo que aquí te trae. Cansado de las lecciones de tu maestro quieres pedirme la ciencia infusa. Sea, puesto que tú lo quieres. No tengo mas que decir una palabra y sabrás mas de lo que quieras: tú mismo has de quedar asombrado; ni tendrás necesidad de meditar para hablar, ni de estudiar para aprender. Todo esto te será tan fácil como á ese rio el correr hácia el mar.

—¡Qué felicidad!

—Pronto has de conocer si eso es una felicidad.

—Ese rio de que te hablaba, tal vez desea detenerse en su carrera y detener el tributo de sus aguas, pero no puede. Tú tambien cuando seas sábio ¿podrás tener la misma sencillez de ideas? ¿Podrás conservar las puras alegrías de tu infancia?

—Lo que yo sé, tia mía, es que no hay cosa tan agradable como el responder á una pregunta sin haber estudiado la respuesta.

—Si, y tú ignoras, pobre Abdim, que todo aquí abajo puede hacerse y conseguirse poco á poco, por parte de los que enseñan, como de los que aprenden. Ya te arrepentirás algun dia de no haber fundado tus ideas sobre aquel precepto. Poco á poco se vencen todas las dificultades, y se goza con mayor satisfaccion lo que mas trabajo ha costado adquirir. Pero yo estoy predicando en desierto, y tú en lugar de atender, te estás mirando á todos lados. Pues bien, voy á satisfacer tus deseos. ¿Que tus ojos perciban todas las cosas, y que tu espíritu sea iluminado lo mismo que tus ojos!

Abdim cayó al suelo, como deslumbrado por un gran resplandor, y cuando volvió en sí, sería muy difícil explicar los sentimientos que llenaban su corazón, porque eran un conjunto de alegría, de asombro y de tristeza. Delante de él se presentaba un nuevo mundo: ya conocía por su nombre todos aquellos árboles y todas aquellas flores que le rodeaban, ya sabia cuál era la profundidad del rio, la corriente del agua y la formacion de los guijarros del

fondo. Poseía la clave de los mil enigmas que la naturaleza nos presenta: en una palabra, ya lo sabia todo. Ya no mas velo, mas misterios y dudas, el universo era para él un alfabeto familiar.

Semejante estado no fué muy duradero, y el príncipe no tardó en conocer que los rayos del sol eran peligrosos, y que hiriéndole de plano podían causarle un tabardillo. Por esta causa, bajándose el turbante, se dispuso á partirlo mas pronto posible; ¿mas por cuál camino? De dos que habia, el uno estaba costado por lagunas de pestilentes vapores, y el otro lindaba con precipicios, por junto á los cuales no tuvo reparo en correr la víspera. Pero entónces temia el respirar aires inficionados ó el romperse los huesos cayendo por algun despeñadero. Iba ya á decidirse por uno de los dos caminos, cuando vió llegar á su padre el rey Mirgang, con el filósofo Neboussan y toda la comitiva de los que venían á buscarle.

Abdim avergonzado de que anduviesen de aquella manera en busca suya por tan corta escapatoria, salió al encuentro de la comitiva que lanzó gritos de alegría al reconocerle. Hubo ginetes que hicieron salva en señal de alegría, cosa que hizo estremecer á Abdim, pues con la vista penetrante que entónces gozaba, vió pasar un taco á poca distancia de su cabeza.

Resolvió dar en el acto una prueba brillante de sus talentos, y colocándose sobre un peñasco en actitud de orador, empezó á derramar raudales de elocuencia, reconvieniendo á su padre por haber temido por un príncipe protegido de Brahma, citando en seguida á todos los de su estirpe real á quienes los dioses habian salvado. De aquí pasó á las reglas de gobierno á los deberes numerosos de presunto heredero y á los que el cielo le impondria cuando llegase á ocupar el trono.

El rey Mirgang escuchaba con la boca abierta.

—¡Brahma! exclamó, tú has hecho un gran milagro. Mi hijo es tan sábio como Neboussan.

Abdim se encogió de hombros con aire de suficiencia, y cuando montado á caballo volvía á la izquierda de su padre, hizo que Neboussan se llegase á su lado para hacerle preguntas sobre el mundo, el origen de los pueblos, los peces que viven en el agua y las aves que vuelan por el aire, las variedades de minerales, los idiomas de Occidente, etc., etc. Júzguese del asombro y de los apuros de Neboussan que sabia mucho, pero que no tenía una tia como la de Abdim. Durante esta discusion, chocaba á todo el mundo el tono pedantesco del príncipe, y el ver que habia perdido la gracia, el abandono y vivacidad que eran el encanto de todos. Los caballeros del séquito se decían en voz baja:

—Nuestro príncipe era mas amable ántes.

—Será un medio filósofo, mas nunca será un noble guerrero.

Por desgracia, Abdim con su exquisito oído percibió estas palabras, y quejándose al rey su padre, mandó éste que azotasen á los dos caballeros, ántes de llegar á la ciudad. Esto le puso de malísimo humor y lanzó su caballo á galope, pero Abdim empezó á gritarle:

—¡Señor padre! ¿no sabeis lo dañoso que es correr con el calor que hace? Si despues de agitarnos se retira el sudor, puede causar la muerte.

—¡Ah! ¡ah! dijo el rey, muy prudente te has hecho. Caminaremos, pues, al paso.

Grandes fiestas se verificaron en la corte para celebrar el regreso y la sabiduría del príncipe. Solo Neboussan devoraba su humillacion en un paraje retirado de palacio, donde nadie se acordaba de irle á visitar. Los sábios se reunieron para convenir en los títulos que se habian de adjudicar al príncipe, y que fuesen dignos de su ciencia. Se cree que en esta memorable sesion se inventaron los títulos de *bachiller*, de *licenciado* y de *doctor*, gracias á los cuales, si no hay ciencia, por lo ménos se supone.

Abdim habia solicitado los dones de su tia, para eximirse del estudio, y lo que vino á suceder es que tuvo mas sujecion que ántes, pues el reino entero queria disfrutar de aquellas maravillas, proporcionando cada cual sus exigencias al talento que manifestaba el príncipe; pero á él muy poca gracia le

hacian todas estas pretensiones. Ya habia conocido que era extraño á cuanto en él pasaba; cogía un papel y un pincel y sin meditar siquiera, escribía de corrido cuanto deseaba, y á veces se encontraba con toda la palabra escrita sin mas que haber trazado la primera letra: los versos ya forjados y limados se sucedían unos á otros, y tras de un poema otro poema. Abdim se levantaba muchas veces como asustado de aquella fecundidad extraordinaria; pero al leer sus poesías se quedaba muy triste, conociendo cuán pocas cosas eran producto de su ingenio.

Mandó traer lienzo y colores, y los artistas de la corte, sabiendo que no entendía el dibujo, se presentaron á darle leccion; pero él, sonriéndose, tomó el pincel y la paleta, trazó y dió colorido á las figuras con admirable armonía y sorprendentes efectos de luz. Era aquella una obra maestra que hubo que exponer á vista del público, que la recibió con gritos de admiracion. Solo el príncipe no era feliz. ¿Aquel cuadro, era él verdaderamente quien lo habia pintado? ¿No habia él sentido su mano como impelida por un poder invisible?

—Emprenderé, dijo, una tarea mas penosa; y cogiendo el martillo y los cinceles se puso á desbastar un gran trozo de mármol. Apénas dió el primer golpe, cuando pedazos enormes empezaron á desprenderse de la piedra, que iba tomando formas regulares. Siguió con el mayor ardor dando golpes á la casualidad, y una figura humana iba apareciendo como por encanto. Al fin la estatua entera de Brahma se manifestó con sus mas bellas proporciones, completa y pulimentada.

Todo el pueblo aplaudió y se prosternó ante la estatua; pero Abdim, lanzando un gemido, fué á esconderse en lo mas recóndito de su palacio. Allí permaneció sin hacer nada, pues solo con abrir un libro, ya le entendía desde la primera página hasta la última. El rey su padre fué el que vino á sacarle de aquella soledad, para que compusiese un discurso de contestacion á los embajadores del rey de Persia, que habian de llegar al dia siguiente.

Llegó la hora en que los sábios, despues de haber hecho sus abluciones, comen su arroz ó mascan gravemente el betel (hojas de una planta del país) y Mirgang salió de su palacio, montado en un elefante blanco con mantilla de seda y oro. Veinte pajes agitan sobre su cabeza abanicos de plumas, puestos en la extremidad de largos bastones dorados. Las cimitarras brillan, las flechas resuenan en las aljabas de los ginetes, mil penachos de diamantes brillan á los rayos del sol; pero nada es tan bello como Abdim tendido en su palanquin de cortinas de color de rosa. Para arengar á los embajadores, se bajó de él y montó en un soberbio caballo árabe.

¡Qué hermosas frases salieron de los labios de Abdim! ¡Qué de metáforas floridas, de exclamaciones y de antítesis! Los embajadores, confusos, no sabian de dónde provenia tanta elocuencia; pero el mismo Abdim tampoco lo sabia. Hablaba y mas hablaba, pero como si se viese precisado á hablar, viniéndole las palabras á la boca ántes que las ideas á la mente. Notó de improviso que su padre fruncía las cejas, y meditando si habria dicho alguna cosa desagradable, se acordó de que habia dicho muchas veces *nuestro* pueblo, *nuestros* súbditos. Se le representó al instante la desconfianza que tienen los reyes de sus herederos. Así el hijo de un monarca anciano debe por delicadeza disimular una parte de su energía y sus cualidades, para no inquietar ni entristecer al que siente que su corona se le escapa.

Hubo un banquete espléndido en el que Abdim olvidaba su tristeza, cuando creyó sorprender una mirada sombría que le dirigía el jefe de los embajadores persas. Su malhadada ciencia le recordó al instante las muchas conspiraciones tramadas contra los príncipes herederos en su mismo palacio, y por enemigos ocultos, con el carácter y disfraz de embajadores. Por desgracia aquel mismo extranjero, creyendo obsequiar á Abdim le presentó un sorbete; pero el jóven, figurándose que estaba envenenado, echó á rodar de un empellon el plato de oro y el esclavo negro que se le presentaba. ¡Júzguese la indignacion de los embajadores! Se levantaron

arrojando sus pipas de ámbar, rasgando sus pelli-
zas de honor y jurando guerra eterna al rey Mir-
gang.

Abdim, desesperado, salió maldiciendo su fatal
conocimiento de todas las cosas, cruzó el palacio
fuera de sí y gritando:

—¡Desdichado de mí! ¿cómo podré yo evadirme
de esta ciencia precoz? Sé mucho para mi edad y
no he adquirido á fuerza de trabajo una sadiduría
que pueda utilizar mas adelante. ¡Dala! ¡Dala! mi
querida tia, venid á recobrar vuestro funesto bene-
ficio.

Presentósele su tia al llegar al jardin y le dijo:

—¿Conque ya te fatigan los frutos de tu ciencia?
Tú aspirabas á saberlo todo, y no hacias caso de mí
cuando te recomendaba que estudiases con calma y
con método. Yo te curo de tu sabiduría anticipada,
y te restituyo á los dulces goces de la primera edad.
Vuelve á ser el afortunado niño de otras veces.

Este dicho, describió con la mano un círculo so-
bre la cabeza de Abdim, que se quedó dormido pro-
fundamente.

Al otro dia de mañana llamaba á la puerta del
viejo Neboussan y abrazándole, le decia:

—¿Dónde están mis libros? Vamos á dar leccion.

—¿Cómo es eso! ¿Pues no teneis la ciencia in-
fusa?

—Nada tengo; pero soy capaz de tenerlo todo con
ayuda vuestra..... ¿no es así? y me tendré por muy
dichoso en estudiar y trabajar, porque solo lo que
con trabajo se aprende, es útil y grato en lo suce-
sivo.

—Teneis razon, dijo Neboussan muy alegre, va-
mos, pues, á continuar el estudio.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO I.

DE LA CONVERSACION.

SECCION CUARTA.

De las condiciones morales de la conversacion.

I

Nuestro lenguaje debe ser siempre culto, decente
y respetuoso, por grande que sea la llaneza y con-
fianza con que podamos tratar á las personas que
nos oyen.

II

No nos permitamos nunca expresar en sociedad
ninguna idea poco decorosa, aun cuando nazca de
una sana intencion, y venga á formar parte de una
conversacion seria y decente. Lo que por su natu-
raleza es repugnante y grosero, pierde bien poco de
su carácter por el barniz de una expresion delicada
y culta; y con excepcion de algun raro caso en que
nos sea lícito hablar de cosas tales entre nuestros
íntimos amigos, ellas son siempre asuntos de con-
ferencias privadas, que la necesidad preside y tan
solo ella legitima.

III

Guardémonos de emplear en la conversacion pa-
labras ó frases que arguyan impiedad, ó falta de
reverencia á Dios, á los Santos y á las cosas sa-
gradadas.

IV

Es sobremanera chocante y vulgar el uso de ex-
presiones de juramento, y de todas aquellas con
que el que habla se empeña en dar autoridad á sus
asertos, comprometiendo su honor y la fé de su pa-
labra, ó invocando el testimonio de otras personas.
El que ha sabido adquirir la reputacion de veraz,
no necesita por cierto de tales adminículos para ser
creido; y puede mas bien, al ocurrir á ellos, intro-
ducir la duda en el ánimo de sus oyentes. Y el que

no tiene adquirida tal reputacion, en vano buscará
en las formas el medio de comunicar fuerza de ver-
dad á sus palabras.

V

No está admitido el nombrar en sociedad los dife-
rentes miembros ó lugares del cuerpo, con excepcion
de aquellos que nunca están cubiertos. Podemos,
no obstante, nombrar los piés, aunque de ninguna
manera una parte de ellos, como los talones, los de-
dos, las uñas, etc.

VI

La regla que antecede puede todavia admitir al-
guna otra excepcion entre personas que se tratan
con íntima confianza; mas como en este punto no
es dable determinar los diferentes casos que pueden
ofrecerse, tengamos por único y seguro norte un
respeto inalterable á las leyes del decoro, y una aten-
ta observacion de lo que se permiten las personas
cultas y bien educadas.

VII

Aun en los casos en que, con arreglo á lo estable-
cido en los dos párrafos anteriores, pueda hacerse
mencion de alguna parte del cuerpo, deben elegirse
las palabras mas cultas y de mejor sonido, que son
las que se oyen siempre entre la gente fina. Las pa-
labras *cogote, pescuezo, cachete*, etc., están siempre
sustituidas, en los diversos casos que ocurren, por
las palabras *cuello, garganta, mejilla*, etc.; dejando
á la ciencia anatómica la estricta propiedad de los
nombres, que casi nunca se echa de ménos en las
conversaciones comunes.

VIII

Por regla general, deberemos emplear en todas
ocasiones las palabras mas cultas y de mejor soni-
do, diciendo por ejemplo, *puerco* por *cochino*, *alien-
to* ó *respiracion* por *resuello*; *arrojar sangre* por
echar sangre, etc., etc. Pero conviene observar el
uso de las personas verdaderamente instruidas y
bien educadas, y tener algun conocimiento de la si-
nonimia de la lengua que se habla, á fin de no in-
currir en el extremo de emplear palabras y frases
alambicadas y retumbantes, ni echar mano de aque-
llas que no hayan de expresar clara y propiamente
las ideas.

IX

Respecto de las interjecciones, y de toda palabra
con que hayamos de expresar la admiracion, la sor-
presa ó cualquiera otro afecto del ánimo, cuidemos
igualmente de no emplear jamás aquellas que la
buena sociedad tiene proscritas, como *caramba*,
diablo, *demonio*, y otras semejantes.

X

En ningun caso nos es lícito hacer mencion de
una persona por medio de un apodo ó sobrenombre.
Con esto no solo ofendemos á aquel á quien nos re-
ferimos, sino que faltamos á la consideracion que
debemos á las personas que nos oyen.

XI

La conversacion entre personas de distinto sexo
debe estar siempre presidida por una perfecta deli-
cadeza, por una gran mesura, y por los miramien-
tos que se deben á la edad, al carácter y al estado
de cada uno de los interlocutores. Por regla gene-
ral, un hombre no se permitirá jamás ninguna pa-
labra, frase ó alusion, que pueda alarmar el pudor
de una mujer; así como tampoco podrá una mujer
dirigir á ningun hombre expresiones inmoderadas
ó irrespetuosas, que pongan á una dura prueba la
esmerada consideracion que se debe á su sexo.

XII

El medio mas natural y expresivo para agrandar
á los demas en sociedad es ciertamente el de la pa-
labra; y un hombre de buenas maneras lo aprove-
cha siempre en su trato con el bello sexo, sembran-
do su conversacion de manifestaciones galantes y
obsequiosas, que toma en la fuente de la discrecion
y el respeto, y dirige con exquisita delicadeza y evi-

dente oportunidad. Pero téngase presente que es al-
tamente impropio y desacatado el uso de requiebros
y zalamerías en todas ocasiones, con toda mujer
con quien se habla, sin miramiento alguno á la edad,
al estado, ni á las demas circunstancias de las per-
sonas, y sin atender al grado de confianza que con
ellas se tiene.

XIII

El hombre que incurre en la falta indicada en el
párrafo anterior no ofende tan solo la dignidad de
la mujer, sino tambien su amor propio; pues al ocu-
par tan frívolamente su atencion, la declara de he-
cho incapaz de sustentar una conversacion mas sé-
ria é inferesante. Y la mujer juiciosa y culta que
así se ve tratada debe rechazar el insulto y hacerse
respetar, combinando para ello la moderacion, que
le es tan propia, con la energía y la firmeza de que
en tales casos debe tambien revestirse.

XIV

Nada hay mas vulgar ni mas grosero, que la cos-
tumbre de usar de chanzas é indirectas con referen-
cia á relaciones entre personas de distinto sexo, so-
bre todo cuando aquella á quien se dirigen está
acompañada de alguna otra, y cuando no se tiene
con ella una íntima confianza.

XV

La natural propension que todos tenemos á echar
mano de la sátira en nuestros razonamientos, no
debe ser enteramente reprimida, sino ilustrarse y
morigerarse, para que pueda ser dirigida de una ma-
nera discreta, inofensiva y conveniente. La sátira
es una de las sales que mas sazonan la conversacion,
y tiene además la tendencia moral de corregir y me-
jorar las costumbres; pero jamás cuando se la em-
plea en atacar la dignidad ó el amor propio de se-
ñaladas personas, pues entónces se convierte en una
arma envenenada y alevosa, tan solo propia para
encender y dividir los ánimos, y para destruir las
mas sólidas relaciones sociales.

XVI

Otro tanto debe decirse de la ironía, la cual comu-
nica á la conversacion cierta gracia que la hace
animada y agradable, cuando se usa con una prudente
oportunidad y sin ofensa de nadie.

XVII

Las personas vulgares y de mala índole sacrifican
frecuentemente las mas graves consideraciones so-
ciales, á la necia vanidad de aparecer como agudas y
graciosas; y con una sola expresion satírica ó iróni-
ca llevan á veces la intranquilidad y la amargura al
seno de una familia entera. Tan torpe conducta de-
be excitar siempre la indignacion de todo hombre
de bien, y encontrar en los círculos de la gente de
moralidad y de cultura la reprobacion que merece,
en lugar del aplauso que busca.

XVIII

Excluyamos severamente la ironía de toda discu-
sion, de todo asunto serio, y de toda conversacion
con personas con quienes no tengamos ninguna con-
fianza. Cuando hayamos de refutar las opiniones
de los demas, ó de responder á un argumento, y
siempre que se nos hable con seriedad y se espere
de nosotros una contestacion, toda frase irónica se-
rá considerada como una manifestacion de menos-
precio, y por lo tanto como un insulto.

XIX

No emitamos nunca un juicio que hayamos for-
mado por sospechas, propias ó ajenas, ó por relacio-
nes poco fidedignas, presentándolo de modo que
pueda entenderse que hablamos de un hecho real
y verdadero. Y respecto de los juicios que no ado-
lezcan de estos defectos, abstengámonos siempre de
emitirlos, cuando directa ó indirectamente hayan
de recaer sobre personas y puedan por algun res-
pecto serles desagradables.

XX

Seamos muy medidos para sentar principios ge-
nerales contra las costumbres ó defectos de los hom-

brés, pues con ellos podemos desagradar á nuestros mismos amigos, atacar los intereses ó el buen nombre de un gremio ó corporacion, y aun aparecer como excitados por nuestros particulares resentimientos. La persona que asegurase que en el mundo no hay mas que ingratos, ofenderia naturalmente á sus oyentes: la que hablando de los extravíos de un personaje histórico, los presentase como inherentes á su estado ó profesion, arrojaria una mancha sobre todo el gremio; y la mujer, en fin, que dijese que todos los hombres son inconstantes, no guardaria por cierto un perfecto decoro.

EL CALIFA Y EL POETA,

POR

ADOLFO BREULIER.

El célebre poeta Saadi se hallaba hacia algun tiempo en Bagdad. El califa Mostander se apresuró á llamarle á su palacio tan luego como lo supo. Todas las noches le llevaba consigo á sus paseos por los vastos jardines del serrallo.

Una noche se habian sentado bajo un kiosko el monarca y el poeta, en medio de árboles seculares y bosquecillos cubiertos de flores. Aunque al ir á allí, habia dicho el califa aludiendo graciosamente á la última obra de Saadi *Consejos á los reyes*, «necesito de tus consejos, que parecen venir del cielo al pasar por tus labios,» ambos personajes permanecian silenciosos. Despues del calor ardiente del dia, ¡cuán bella, cuan fresca se mostró aquella noche! Al soplo sulfúreo del *samyeli*, sucedió de repente una brisa impregnada de perfumes. Las notas argentinas del ruiseñor resonaron en las tupidas ramas del jazmin amarillo y el rosal. La luna argentaba las aguas fugitivas del Tigris, alumbrando los distantes penachos de los datileros, el conjunto de habitaciones de la opuesta orilla, y mas allá, los desiertos. Este silencio lleno de armonías, y dulce claridad, arrastraba insensiblemente á soñar. El poeta y el Caudillo de los Creyentes se rendian á él.

De repente, Mostander, cuyas miradas habian vagado largo rato sobre el horizonte, pareció detener su atención en una pequeña barca de pescadores; dos iban en ella y sus redes muchas veces tendidas, salieron otras tantas vacías. ¡«Pobres gentes!» exclamó el califa.

Saadi, arrancado á sus pensamientos por esta exclamacion, tomó la palabra y dijo: «En verdad que son pobres esas gentes, príncipe; pero no mas desgraciados que tú. Se sustraen al sueño para venir á pedir á las ondas del Tigris su subsistencia; pero tú, glorioso califa, velas para buscar en las sombras de la noche y tal vez en la ciencia dudosa de un poeta, el medio de gobernar á los hombres y de salvar tu imperio. En tanto que sus ojos escudriñan las aguas que resbalan bajo su navecilla, los tuyos interrogan al desierto de donde bajan los mongoles que ya has arrojado victoriosamente, pero que pueden volver un dia ú otro. ¿Cuál de vuestras dos expectativas es mas penosa? Creeme, príncipe; cada uno tiene en la tierra su parte de pesar.»

—Poeta, dijo el califa; la sabiduría dicta á menudo tus palabras, puede ser muy bien que tengas razon. Si esos pobres pescadores tienen penas, alcanzan tambien momentos de paz y pura alegría, y acaso serian felices si conocieran su dicha. Mas no creen en ella y desde la orilla izquierda del Tigris, donde se amontonan sus casuchas, envidian á los pretendidos dichosos que habitan esta orilla donde se alzan los palacios rodeados de jardines. A menudo, durante mis paseos nocturnos, he sido ignorado confidente de sus amargas quejas.

—Tú tambien, príncipe, replicó Saadi, has hablado con verdad. ¿Pero qué resulta de lo que has dicho? Que nadie se conforma con su parte. El que es feliz en apariencia, desea aun algo mas. El opulento comerciante sueña ahora con el dinero que podrá ganar mañana. El artista, el poeta (y yo lo sé bien), jamás quedan contentos con su obra; persiguen eternamente un ideal que jamás logran rea-

lizar. La miseria de su pueblo, los peligros de su imperio inquietan constantemente al mejor de los príncipes y.....

—Por qué, interrumpió el califa, por qué esta inquietud y disgusto universales? ¿Por qué es el alma humana, en cualquier esfera que se encuentre, un abismo de deseos que nada puede llenar?

—¿Por qué? dijo Saadi; porque..... y como si recibiese una inspiracion, se recogió un momento y refirió este apólogo:

«En el departamento mas retirado é ínfimo de un rico palacio de Ispahan, vivia un pobre esclavo dedicado á los trabajos mas humildes. Aunque su exterior y sus maneras ofreciesen algun contraste con su condicion, era humilde; no solo parecia sufrir pacientemente su suerte, sino que manifestaba una viva y franca alegría, cuyas demostraciones divertian en gran manera á las sirvientas de la princesa dueña del palacio.

«Una noche, las jóvenes favoritas inventaron mezclar á la bebida del esclavo un fuerte narcótico que le sumergió en un profundo sueño. Aprovecháronse de él para hacer trasportar al jóven esclavo á la sala mas suntuosa del palacio. Allí se despertó sentado sobre un trono, rodeado de esclavas que se apresuraban á servirle, con la sonrisa en los labios y la copa en la mano. Se ofrecieron á sus piés ricos presentes. Se ejecutaron bailes caprichosos al son de armónicos instrumentos; pero bien pronto, bajo la influencia de fuertes licores al efecto preparados, cayó de nuevo en profundo sueño y se le trasportó, sin temor de que despertase, á su pobre cuadra.»

«Cuando llegó el dia, salió el esclavo de su letargo, se encontró en su antigua morada, sobre el estiercol, como siempre, y en su misma miseria. Comenzó á dudar de la realidad mezclando en su imaginacion extraviada la memoria confusa del ensueño y los recuerdos de su vida. Una sombría desesperacion se apoderó de él y desterró para siempre la franca alegría con que la naturaleza le dotara.»

«Todos los hombres, añadió Saadi, se parecen á este esclavo. Todos luchamos como para apoderarnos de algo que hemos entrevisto vagamente, que huye siempre ante nuestros esfuerzos y que nos engaña hasta que morimos.»

El califa repitió con melancólico acento las últimas palabras del poeta: «Hasta la muerte..... Mas, despues, mi querido Saadi, despues. ¿Alcanzará cada uno de nosotros la realizacion de su sueño? ¿Podremos al fin conocer la verdad?

«Temible cuestion!» murmuró Saadi, y como si aquella noche poseyese una guzla imaginaria con que parecia acompañar su nueva melopéa, improvisó lo que sigue:

«En una noche sombría brillaba en el fondo de un profundo valle la luz de una llama, atrayendo la atención de las mariposas. Se reunieron en consejo presidido por el gran pavon nocturno, y discutieron acerca de la naturaleza de la luz y de la llama. El presidente nombró tres encargados que fuesen á examinar de cerca el fenómeno. Partieron, se aproximaron á algunos pasos de la llama y volvieron refiriendo extasiadas al consejo el brillo sin igual de la maravillosa luz.»

«El gran pavon dijo; ¡Bien! pero no conocen la esencia de la llama.—Y envió otros tres mensajeros con igual mision. Estos se acercaron mas al foco brillante, tanto que sintieron vivamente su calor; volvieron á dar parte de sus impresiones, mezcladas de gozo y terror.»

—¡Mejor! dijo el gran pavon; pero aun no conocen la esencia de la llama.—Y se resolvió que otros tres emisarios irian á hacer una tercer tentativa.

«Estos, animados por el deseo ardiente de penetrar á fondo el gran problema, se sumergieron en el foco incandescente; en medio de éxtasis y torturas, se confundieron vivos con la llama, sus cuerpos se pusieron rojos, brillantes, y por último, impalpables como ella.»

«El gran pavon dijo á la asamblea, testigo de aquella abnegacion:—Ellos conocen ahora la esencia de la luz, pero solo ellos, hé ahí todo.»

—Poeta, dijo el califa, sonriendo con tristeza y

tendiendo su mano á Saadi para volver con él al palacio: ¡hé aquí todo! ¿has concluido?

—Nó, replicó Saadi levantándose despues de besar la mano que le tendía el Caudillo de los Creyentes; no, el gran pavon al despedir á sus hermanos, les dijo: humildad, paciencia y confianza en Allah! El es el padre comun de todos los séres, todo ciencia y luz, que muestra á sus creaturas cuando es llegado su momento.

Y el califa y el poeta unidos, dirigiéndose al palacio, desaparecieron tras de los bosquecillos embalsamados, en el momento en que la aurora comenzaba á nacarar los bordes del horizonte.

El ingrato.

(FABULA.)

Tres solemnes malvados y bribones
De Jove ante el dosel comparecieron,
Y sin cambiar de sér ni inclinaciones,
En buenos convertirse pretendieron:
La cosa era difícil, bien mirada;
Mas ¿qué es difícil para Jove? Nada.

—«Yo, le dijo el primero, soy un hombre
A matar á otros hombres avezado;
Pero me cansa de asesino el nombre,
Y quisiera matar, mas siendo honrado;
¿Cómo podría yo, Jove divino,
Ser un hombre de bien, siendo asesino?»

—«Aunque es la tuya inclinacion funesta,
Júpiter le responde, es corregible:
En vez de inmolar hombres, ¿qué te cuesta
En otros ejercer tu saña horrible?
Hombre de bien en todo hacerte quiero,
Sin dejar de matar: sé carnicero.»

—«Perfectamente! contestó un poeta
Satírico, procaz y maldiciente;
Mas yo nunca gocé dicha completa,
Sino clavando al prójimo mi diente:
¿Cómo podría yo mi infame oficio
Seguir de la virtud en beneficio?»

—«Fácil es, le contesta el Númen santo,
Cefirte de laurel muchas coronas,
Si ese tu ingenio, de que abusas tanto,
Prescinda de morder á las personas:
En lugar del vicioso, ataca al vicio,
Y en bueno trocarás tu infame oficio.»

—«Bien! muy bien! dice el otro (el tercer nene
De los tres consabidos perillanes);
Mas ¿qué remedio mi dolencia tiene,
O cómo podrá ser que tú la sanes?
Ingrato soy, y serlo es de mi agrado;
Pero quiero tambien ser hombre honrado.»

—«El caso es, dice Jove, que no alcanza
Mi supremo poder á hacerte bueno:
No hay vicio que resista á mi pujanza,
Cuando senda mejor seguir le ordeno;
Mas nunca puedo, aunque en verdad lo trato,
Hacer hombre de bien al hombre ingrato.»

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Los padres nutren é instruyen á sus hijos hasta que llegan á ser hombres.

La utilidad de los padres es como el cielo, infinita.—*Proverbio chino.*

Si vuestros padres os aman, regocijaos por ello, ¡oh hijos míos! regocijaos y nunca lo olvideis.

Si son poco amorosos, cuidado de no enfadaros por ello.

Cuando un niño encuentre á una persona de veinte años de edad, debe mostrarle tanto respeto como á un padre; si encuentra á otro niño mayor que él, debe tratarle como á un hermano mayor.—*TSENY, discípulo de Confucio.*

Honra á tu padre y á tu madre para que vivas largo tiempo sobre la tierra que el Señor tu Dios te dá.—*LA BIBLIA. Éxodo XX; 12.*